

Autorretrato hablado

Lina Rocío González Gutiérrez

Image not found.

Capítulo 1

Parte I:

Cabeza:

El día que me quise diseccionar sin necesidad de espejos distorsionantes y con la enaltecida actitud del descubridor-conquistador, tuve entre mis manos la realidad infantil cuando ya se había ido, los recuerdos borrosos, los temores incrustados, los indicios interpretables, los sueños rotos, la memoria discontinua y una oveja nerviosa. Todo ello constituía mi primer descubrimiento. Aún los sentidos subyugados a cada parte descubierta no se manifestaban. Era una sola personalidad, inocua, dispersa pero asociativa. Al entrar, el ruido perturbador formaba una gran nube que apabullaba la masoquista voluntad de querer ver lo que se enraizaba entre cada circunvolución. Estrellarse con las rugosas zonas erosionadas parecía no ser un buen indicio, por el contrario el conquistador se convertía rápidamente en un patético personaje huidizo de caricatura. Lo que no sabía es que el ruido se había apoderado del acceso y en ese punto no había salida. La imposibilidad de moverse se expandía como una onda, retumbaba sin compasión, conjugándose con el ruido, taponando la sensatez. Una gran fuerza impulsiva se empezaba a levantar y el pobre conquistador sin poder salir de su aturdimiento era revolcado y arrastrado hasta el origen de lo que parecían ser ideas. Cada vez se adentraba más en un espacio atiborrado de fragmentos y para sorpresa suya, nada de lo que encontró era tan complejo como imaginaba o esperaba. Piezas inconclusas de deseos esfumados, el olvido fragmentado, selectivo y caprichoso y en la silla de la reina el impulso controlador que nada sabe, que nada entiende. Le sorprendió sin embargo, ver en los pasillos laberínticos tal exagerada cantidad de anaqueles con fechas, firmas, rostros, animales, uñas y dientes organizados por tonalidades. ¿Terquedad del impulso? La respuesta era demasiado simple: todo lo que hay en la cabeza está perfectamente acomodado en los anaqueles, el ruido es solo un distractor, el impulso reina cuando se acuerda y los elementos funcionan como un mecanismo de reloj, salen en su momento y vuelven a ocupar su lugar. De mágico solo tiene la ilusión de quererlo parecer excepcional y unos cuantos ojos perseguidores que vigilan el procedimiento. Pero había algo dentro del predecible circuito que fallaba, no en vano el conquistador se había adentrado en ese sucio lugar. Entre los montes de contradicciones y acciones cohibidas halló lo que faltaba: Una personificación de genuino miedo azul que estornudaba constantemente sobre el reloj, estropeando su mecanismo. "Demasiado irreal" repetía mientras seguía la mirada esquiva de aquella figura costumbrista y acaparadora. Resulta que la esencia de la cabeza no es más que la suma de contradicciones e ideas fugaces que no dicen nada. Es todo, como en los denuncios policiales. Humillantes descubrimientos para tan grandes expectativas, ahora el descubridor-conquistador es un

esclavo más de mis ingenuas conquistas, atrapado en un episodio de mis eventuales psicosis trazando planes para salir, lo que no se ha dado cuenta es que fue creado por una orden impulsiva para que el afán de mostrarse no fuera evidente. Orgullo, vanidad y manipulación, todo dentro de ella misma: la cabeza burlona que acabó con una estridente carcajada a la piedad.

Corazón:

Para empezar, la palabra corazón me produce escozor. Las que dicen ser mis corazonadas son siempre erráticas y sinuosas como la música transportadora que cuando se agota te bota y te golpea estruendosamente contra el fragmento de realidad en el que estás inmerso. No, el corazón no es el sitio de los buenos sentimientos, para eso está la memoria conveniente y oportunista. El corazón es el juguete rebelde de la cabeza, como una pieza expulsada que no encajaba con la seriedad. Es extravagante, deseoso, soberbio, engreído y arrogante. En sus cavidades almacena rencor que proporciona en pequeñas dosis de ironía. Es una estructura arcaica y semi-abandonada que a menudo pide limpiezas para no ahogarse en sus propias especulaciones. Sufre de dolores fantasmas y sus tiempos nunca coinciden con la realización del deseo. Padece una de las más comunes de las soledades, pero aunque devastadora y ardiente, es de lo más reconfortante después de los frecuentes encuentros fortuitos, de las horas de disimulo progresivo, de la pose comprensiva. Pocos han entrado ahí, ninguno ha pasado más allá de la primera puerta, todos salen por su cuenta, que el corazón no se presta. El corazón es solo para albergar cosquillas que arrebatan las mejores sonrisas, el corazón es para que mi venerada soledad se instale y no se enfade. Es el único que guarda los secretos porque la memoria es traicionera, el que conoce todos mis vestidos, el que me despierta con su aliento tibio, el que me delata solo por sutil venganza, el que me presta su única voz cuando me desnudo, con el que discuto por su palidez, el que me sonroja con su altivez. Un corazón dubitativo pero incisivo. Su especial calidez no cabe en lo bello, mucho menos en lo sublime. Es una calidez etérea, regocijante, estimulante, moribunda y ausente. Hablar con el corazón es como volver a casa, como encontrar una casa, ese es el lugar donde ella y yo al fin nos entregamos.

Ombbligo:

Ah, el ombbligo, uno de mis juguetes de infancia favoritos. Se estiraba como chicle y en 3 segundos se acomodaba como si nada: primera clase de comportamiento, de proyección social. El ombbligo es la base de los sentimientos, está conectado directamente con la percepción, con las primeras y posteriores impresiones. El ombbligo es el canal que lleva las emociones a las entrañas. Decide qué tipo de calor visceral se produce. Su elasticidad da para todo, desde el rechazo intuitivo hasta el más fuerte estremecimiento libidinoso. No conoce de pudor, convenciones ni

suposiciones. A pesar de su innegable atavismo, es la máxima expresión de originalidad, de asible realidad. Sus acciones y reacciones van componiendo sentidos que producen vida. Es un cultivo fértil de frutos febriles, de pasión desbordada. El ombligo no sabe fingir, es primitivo pero veraz. Una selva enfurecida, una palabra sin mentira. Testigo de todas las agitaciones, conductor de sensaciones, iniciador de alucinaciones.

Vagina:

Actriz natural, sugestiva, fascinante, enredadora, acogedora, receptiva cuando se provoca, manipuladora por diversión. La vagina es un tamizador del dolor, convierte en placer la amargura del recuerdo ingrato. Ahoga las razones del sufrimiento con un deleitante hormigueo que expande el vientre, conecta al ombligo y libera sin prejuicios la pureza del goce primitivo. Su cadencia es infinita, no acaba en la cúspide del placer, siempre dispuesta, con espíritu de sacrificio a veces, con don de sobrecogimiento, agita cada hebra de la aparente complejidad del ser. Caprichosa como una niña, se asoma al corazón para tentarlo, engaña a la cabeza para divertirse, se sacude, olvida pronto y vuelve a jugar. Ella más que la dueña de las pasiones es la instigadora de algunas equivocaciones que se cuelan en el corazón. Más su intensa transparencia habla de la limpieza de toda intención. Creadora y destructora al mismo tiempo, complaciente y vengativa, amante y soñadora. No es una reina, no es una diosa aunque quisiera, es solo ella, una esencia incorruptible, indestructible y voraz. Capaz de cortar el aliento, de rendir la voluntad, de romper acuerdos, de atormentar y restaurar la paz.

Extremidades:

Y para hacerme visible están las extremidades: la prolongación de la fuerza creadora. Las que permiten recrear el objeto representativo. Las manos alargadas, torpes, temblorosas insinúan la presencia de un artista somnoliento. Los dedos imperfectos, turgentes, inquietantes descubren la patética costumbre de querer ser, como una redundancia del sentido para sobrepasar al conformismo. Las manos que a ciegas han recorrido cuerpos, probado sustancias tiñéndose de infinidad de colores, arrancado vida, sembrado ilusiones, apretado sueños, son las mismas que ahora se esconden vacías, con la decepción de no tomar nada, las que se entrelazan para no dejar escapar un último viso de esperanza. Unas manos agitadas que se vuelcan al sinsentido de la manía, a la necesidad de moverse, de aferrarse a la situación irrisoria en cualquiera de sus presentaciones, de sus momentos aunque sean inoportunos, inverosímiles. También están las piernas con su firmeza poco a poco arrebatada, con la creciente languidez que amenaza con detenerlas y a la vez una apoteósica fuerza que las mantiene tibias, en constante movimiento, no diré avance porque el rumbo no está claro, porque la dirección es como la verdad, siempre cambiante. Y los pies anchos, un

poco desgastados, grandes, redondos, pintorescos, un gesto simpático de la genética, un contundente presente del destino. Los pies son el mejor libro de autosuperación que conozco: pueden estar resentidos, maltratados, agotados pero para los pies siempre hay mañana, son los únicos que hacen tregua con el tiempo y continúan sin prejuicios, supersticiones ni cuestionamientos hostiles.

Después de todo es solo un cuerpo, nada más.

Parte 2:

Del engaño y otras artimañas (las mil caras)

Le pedí un inicio, me tapé la boca maldiciendo por la imprudencia, volteé la cara y esperé sin ansias, porque sabía que la respuesta no vendría o sería demasiado insulsa para saciar la imaginación. Con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rígidos conteniéndome, aguanté lo más que pude la respiración, abrí grande los ojos para mostrar atención y encontré la manera de devolverme las respuestas, mostrándolas como vendedor, terminé comprando y usando mis propias respuestas. Me empeñaba en descubrir o al menos ver de lejos alguna de sus caras, pues estaba convencida de que como en las caricaturas japonesas el también era un mil caras, aunque lo desconociera o lo negara. Intento fallido, por supuesto porque uno solo puede llegar a conocer sus propias mil caras y en eso se puede pasar la vida ¿a qué horas voy a descubrir las caras del que no las quiere mostrar? A lo mejor sea verdad que no tiene, y el rostro que recuerdo es el que necesito para ponerle una imagen creíble al diálogo imaginativo que sostengo todos los días para que no se me olviden las palabras, para mantenerme activa. Me dijo que después me explicaría, sabiendo bien que no habría un después.

Llegó a la 1 de la tarde, con el sol quemándole la espalda. Lo miré varias veces de arriba a abajo como quien inspecciona a un desconocido, repasando sus ojos y tocando su cara para cerciorarme de su presencia. Su mirada enrarecida y distante me hacía temblar las piernas, me tragué el nudo que tenía en la garganta y saqué la voz:

“¿está enfermo?”

-“no”

“almorzó?”

-“no”

“Le preparo algo?”

-“no, para qué? Mejor pásame un papel”

La nota que empezó a escribir compulsivamente, con letra nerviosa y con la seguridad de la decepción vertiéndose en cada palabra decía “autorizo a Helena con cédula 28603554 para reclamar todas mis pertenencias”. La firmó sin vacilaciones, casi traspasando el papel, me dio un beso tibio en la frente y salió con la mirada fija en el piso, ignorando mis brazos suplicantes que se quedaron suspendidos en el aire. 2 horas me tomó encontrar la manera de salir de la casa, (se había asegurado de cerrar muy bien todas las posibles salidas, tal vez para evitarme el sufrimiento de seguirlo, de rogarle que se quedara, de prometerle algo que no llegaría.) estrellando los trastos de la cocina contra la ventana de su cuarto, hasta que se rompió. El pecho oprimido y la fría sensación de tener a la muerte respirando muy cerquita me hacían correr por las calles preguntando si lo habían visto. Una niña sentada en el andén con un balón entre sus piernas me señaló el camino hacia los cultivos de arroz. Corrí con la fuerza que me daban los gritos angustiosos del corazón y las punzadas incesantes del estómago, pero no se veía más que un verde abrumador, los cultivos abarcaban casi 8 hectáreas y había pasado demasiado tiempo. Caí de rodillas, elevando plegarias confusas al dios que poco conocía y volví a casa con la frustración pasmosa arrastrándome los pies. Pero el coraje no me alcanzaba para entrar, me quedé inmóvil con la espalda rozando los vidrios flojos de la ventana rota. La esperanza de encontrarlo se iba desvaneciendo con la luz del día que se acaba, la oscuridad me arropaba y me había sorprendido indefensa, sin saber qué decirle, sin una sonrisa para abandonarme a ella. Esta vez me aferraba a los últimos visos del día, porque esa poca claridad era lo único que me quedaba de él.

A las 7 de la noche el ruido de un carro cortó el silencio de la calle. Manejaba un hombre viejo de bigote blanco y sombrero grande, con una linterna en la boca alumbrando la placa de cada casa. Cuando llegó mi turno se bajó con tranquilidad sorprendente, sacó una hoja de su camisa y la puso en mi mano. Era la típica nota de salvación del suicida arrepentido o descubierto. En medio de la agonía las fuerzas le alcanzaron para recordar la dirección y escribir mi nombre. El vómito lo había delatado, lo encontraron 2 trabajadores que en su afán de caridad cristiana lo llevaron al hospital, no sin antes hacerle escribir la nota del perdón, con eso ya tendrían al menos dos millas de cielo ganadas.

En el hospital no quise hablarle, solo le escupí a la cara y salí con la determinación que tanta falta me había hecho. Firmé los papeles de rigor, mientras el médico panzón de turno me explicaba con tono compasivo cómo 1 litro de exterminio quemaba el esófago y derretía las tripas. Luego cambió el tono a orgulloso para decir que esa noche él se había encargado de arrebatarme uno a la muerte, sin saber que ella seguía respirando y murmurando justo detrás de mi oreja. Nunca le pregunté los motivos, no le exigí un porqué ni mucho menos una disculpa. Meses después cuando

volvió a hablar me confesó que después de fumarse la biblia se tomó todo el frasco para matar la plaga que le había devastado la razón de la vida. Tampoco le pregunté cuál era esa razón, no quise saberla por temor a que coincidiera con la mía y me viera tentada a protagonizar un episodio de "exterminio".

Poco a poco la resignación fue llenando mis vacíos cognoscitivos, en cada cumpleaños recibía una porción cada vez más grande hasta que fue suficiente para convencerme de que la enfermedad de mi familia es imposibilidad de vivir, alergia a la vida. Sin embargo la costumbre recrea el engaño y le pone mil o más caras con nombre de circunstancia, las suficientes para saltar de día en día y al final tener la osadía de declararse victorioso, aunque todos los motivos sean prestados, aunque siempre permanezca en el encierro adicto y la cara original se deforme hasta deshacerse en el espeso tejido de artimañas hechas para sostenerse ante tantos ojos expectantes y juzgadores. ¿Cuestión de supervivencia? Es decir, me enseñaron a negarme para sobrevivir, no para vivir. Sobrevivir es fácil, es solo esbozar una imagen a semejanza de otro y repetirla hasta dejar de existir. Y ahora que decidí vivir tengo que matar al que me mató o para hacerlo menos ruidoso, esperar la muerte voluntaria del padre destructor. De nuevo ¿cuestión de supervivencia o exaltación del deseo "malévolo" de vivir?

Parte 3: la fantasía escapatoria

Hice un conteo detallado de mis cicatrices: 3 en la cara, 2 en la espalda, 4 en la ingluie y una en el costado. 10 huellas casi desteñidas que prueban que la historia ha sido cierta a pesar de los intentos de aislamiento, de la pésima higiene sentimental. Repasé la lista de anotaciones mentales que explican cada marca en la piel, lo que las une es el afán de sentir, no importa qué. Cada una ha tenido su tiempo, su desenlace y su pretexto. Algunas han sido sostenidas por el amante de turno, con el aturdimiento de la situación incontrolable. Otras han sido un aviso del tiempo para obligarme a improvisar un nuevo movimiento que rompa la parálisis. Para qué borrarlas si ellas son las que finalmente me traen de vuelta de la fantasía.

Fantasear es un placer incomparable, empieza con el esimismamiento, el encuentro con todas o algunas de mis propias habitantes. Antes identificaba a 7, llegué a hablar de 9, en realidad solo me comunico con 2 o 3, no sé bien. En todo caso la sensación de hablar con uno mismo sin necesidad de explicar el sentido ni disculparse por alguna insensatez es el estado más agradable que conozco. Si hay algo que me despierte el odio y hasta el instinto asesino es que me saquen de mis estados ensimismados.

Alguna vez alguien me dijo que esos estados no eran más que una técnica huidiza. La verdad no me importa huir si a donde voy me mantengo despierta, con todos los sentidos ocupados, provocados, excitados. Que

parezca raro es apenas una percepción ajena a mis intereses. Me gusta sentarme y observar, acomodar diálogos sin nombre y volver por mis propios medios, como ya dije, sin que nadie me saque, como hace unos días cuando me dedicaba a clasificar las caras que entraban al centro comercial. Quería saber cuántas entrarían con ese toque de automatismo, sin expresión, y a cuántas se les notaría alguna emoción. Entraron 3 repetidas y 1 llorando. Apenas intentaba ubicarlas en alguna situación cuando fui abruptamente interrumpida por un saludo insípido. Me había olvidado que espera al chigüiro. Esta vez no había preparado qué decirle, mi plan consistía en repetir una que otra frase de rutina, hacer la compra donde Manu y desaparecer. Con la imagen de las caras entrando retumbando en la cabeza, y el aspecto ruin del chigüiro provocándome repulsión, seguía sus pasos sin entender muy bien lo que decía. El plan empezaba a desbaratarse: Manu estaba limpio, solo le quedaba un moño que no me interesaba, yo quería ácido, un buen vehículo para llegar rápido a lo más profundo del ensimismamiento. La ansiedad y el deseo de encontrarme y verterme eran los que ahora controlaban la situación. En menos de 20 minutos estábamos en la calle de las respuestas, la que todo lo encuentra, la que todo lo tiene. Solo que esta vez no me dio lo que pedía pero sí lo que buscaba. El chigüiro tenía una deuda con Boris, un pandillero londinense que a nada le teme. Apenas nos vio, quiso cobrar su deuda, robarme unos besos, rozarme el culo y cogerme las tetas. Estaba acompañado por un amigo desgastado, en una de esas trabas que supera los límites de la dignidad. Y yo que odio que me saquen de mis estados, que se me enredan las neuronas, lo empujé y antes de reaccionar recibí un empujón de vuelta con un "perra" que se dilataba en el humo. Y el chigüiro que es puro orgullo pueril sacó una patada al pecho de Boris. Pobre chigüiro, en 2 minutos había recibido una descarga de puños, patadas y el filo de una navaja. Boris y el desteñido se deleitaban cobrando su deuda, yo observaba con mi impavidez habitual, hasta que el dueño del negocio intervino y con un par de gestos resolvió todo. A Boris y al desteñido los mandó para adentro, al chigüiro y a mí nos dio la orden de esfumarnos. Cuando llegamos al final de la calle, la sangre le tapaba la boca, le vertía por el cuello. Le limpié la cara como pude, trazamos un nuevo plan desesperado y tomamos un taxi.

La noche en el hospital, la mañana en medicina legal. Unos cuantos golpes no dan para victimizar. Segunda visita por drogas, merecida sería la muerte no unas cuantas costillas rotas. El precio es poco para lo que debe pagar el disimulado delincuente. Lo acompañé hasta que se me acabó la decencia, lo dejé en su casa sin decirle nada y volví sin papelito pero con el dilema resuelto: el vehículo alucinante que buscaba es lo verdaderamente huidizo. Para estar en mí no se necesita nada. Volví sin nada pero eso era justamente lo que necesitaba. Al fin dueña de mi fantasía, de mis estados libres de ayudas anestésicas. Que sensación más placentera de libertad y reconciliación. Lo demás ya lo olvidaré

porque la tristeza me hace caer el pelo y la cantante calva todavía no cabe en lo que quiero ser.